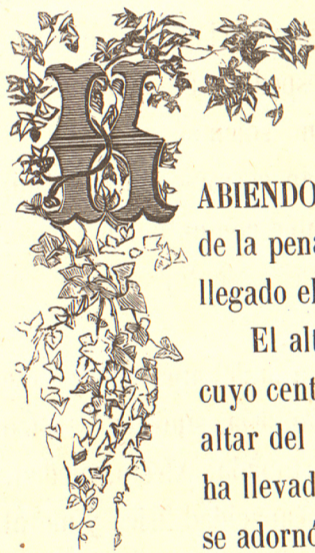


CAPITULO IV.

Nuevo altar de la Santa Forma.—Reinado de Carlos II.

1684.—1690.



ABIENDO empeñado Carlos II su palabra de levantar una nueva capilla en aquel templo, en justa satisfaccion de la pena impuesta á los que habian osado profanar la casa de Dios cuando la prision de Valenzuela, era llegado el caso de cumplirla.

El altar de la sacristía tenia en aquella época un retablo tallado y dorado con toda magnificencia, y en cuyo centro se veia un gran Crucifijo de bronce dorado, casi de tamaño natural, que despues fue colocado en el altar del Panteon, donde hoy subsiste. A sus pies estaba el famoso cuadro de *La Perla*, que últimamente se ha llevado al Real Museo de pinturas. En el sitio que ocupaba esta imagen se colocó un nuevo tabernáculo, se adornó el altar con todo el lujo posible, y en vez del frontaltar de bronce que hoy tiene, mandó el Rey hacer otro de plata cuajado de rica pedrería.

Estaba cubierto con una red de plata en la que se leia:

CAROLUS II HISPAN. REX CATHO.
AUSTRIACA SUORUM PIETATE
PRIMUS AUT NULLI SECUNDUS
AUR. ARG. LAP. QUE PRECI. ORN.
SANCTÆ FORMÆ CONSECRAT. MIRABILITER
INALTERATIS SPECIEBUS PERMANENTI
OBTULIT ANNO DÑI. 1684.

Cuya inscripcion, para nuestras lectoras, quiere decir: *Carlos II, rey Católico, el mas señalado ó al menos no inferior en piedad á ninguno de los Príncipes de la casa de Austria, ofreció á la Santa Forma consagrada, y que permanece milagrosamente sin alteracion de sus especies, este altar y tabernáculo adornado de oro, plata y piedras preciosas, en el año del Señor 1684.*

Terminado todo esto se verificó la solemne traslacion de la Santa Forma el dia 19 de octubre de 1680, en presencia del Rey, Real Familia y Grandes de la Corte.

Desde aquel momento concibió Carlos II la idea de erigir en aquel mismo sitio un altar que se hallase en completa consonancia, no tan solo con la divinidad del objeto que en él se veneraba, sino con la grandeza y la magestad de la sacristía. Espidióse la Real cédula, y en 1684 se comenzó la construcción del magnífico altar de la Santa Forma que hoy admiramos, y que si no revela el mejor gusto artístico, es por lo menos un alarde de trabajo y de riqueza.



DOÑA MARIANA DE AUSTRIA, MADRE DE CARLOS II.

Seis años se tardó en concluir esta obra, realizada sin descanso. Carlos II acababa de enlazarse en segundas nupcias con María Ana de Neoburg. Presentóse en el Escorial unos días antes de la gran función, con el objeto de que disfrutara de aquellos deliciosos bosques y jardines, y detuviéronse algunas horas en el frondoso valle de la Fresneda. La rubia cabellera de la Reina caía en bucles por su blanco y hermoso cuello; sus ojos parecían revelar toda la dicha de que se hallaba poseída; y por sus labios descoloridos vagaba una sonrisa celestial. Diríase que era el genio protector de aquellos bosques, que los recorría silencioso con ánimo de comunicarles su dulzura y su melancolía. Era una tarde del otoño; estación hermosa, que inspira un bien estar dulce y agradable. El sol, que penetraba débilmente por entre el follaje de aquel lugar sombrío y deleitoso; los corpulentos árboles inclinando sus copas á impulso de una brisa suave; las tintas pálidas que tenían ya las flores, como si recordaran con pena la fragancia que han exhalado; las aves viajeras que enviaban desde los aires el tierno adiós de su despedida; aquella naturaleza, en fin, que parecía entonar un himno solemne al Autor de tantas maravillas, y cuyos párpados parecían cerrarse para dormir el largo sueño del invierno, todo este admirable conjunto debía hacer brotar en el alma de los nuevos esposos ideas, sentimientos y re-

cuerdos, cuyos ecos sublimes se amortiguan en seguida para perderse en la eternidad.

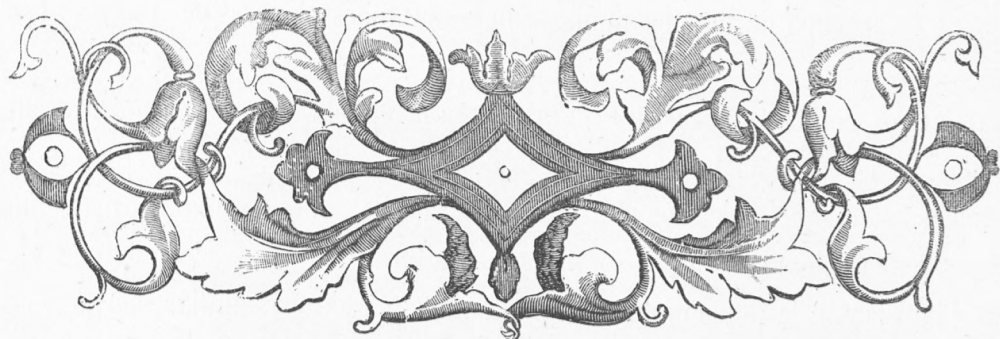
Sí, bien lo ha dicho un elocuente escritor: esta estación es la del pensamiento; y sin duda también la del amor, no de ese amor que gira solo en el vacío, y que no tiene más germen ni más alimento que los delirios de la fantasía, sino de ese otro amor puro, inefable, inmortal, que Dios envía al hombre en las rápidas horas de una existencia afortunada. Afecto, piedad, amor, magestad, todo se veía en aquel cuadro retirado y mudo; y no parecía posible vislumbrar la incapacidad física y moral del monarca, ni menos que hubiese por fuera un mundo de ruido y profanación, que se ajitase al compás de sus ambiciones y locuras. Pasáronse así las horas, la tarde comenzó á declinar, y ambos monarcas se dirijieron al monasterio, donde gozaron de la vista que ofrecía la grande iluminación con que le había decorado la Comunidad.

Terminado ya completamente el nuevo altar de la Santa Forma, quiso Carlos II dar á su esposa una prueba de finura, fijando para el día de San Simón y Judas, que era su cumpleaños, las primeras Vísperas de la traslación, verificándose esta al día siguiente 29 de octubre (1689).

Desplegó en esta ocasión la Comunidad un lujo ostentoso, que no dejaba de contrastar con las escaseces que en aquellos momentos experimentaba nuestro asendereado país. La sacristía, el nuevo altar, la magnífica custodia, todo respiraba una opulencia oriental. Así en el altar como en las credencias se ostentaban las preciosas alhajas que Carlos II había hecho labrar en Sicilia, constituyendo ellas solas un servicio completo de iglesia.

Apareció el sol en el horizonte, amaneció el día 20, y una atmósfera limpia, serena y trasparente anunciaba el asentimiento del cielo para que la función se celebrase con todo lucimiento. El Escorial no tiene, como Roma, un castillo de Santo Angelo, cuyas bocas de fuego acompañen con su estruendo las grandes solemnidades de la Iglesia; tampoco tiene los innumerables templos que rodean al Vaticano en la ciudad de las siete colinas, y que mezclan el eco de sus lenguas de metal con el de la gran Basílica. El espectáculo no era, pues, tan imponente, pero en cambio era tan digno como los que preside el Vicario de Jesucristo para conmovir un alma sinceramente cristiana.

Ya el órgano de campanas anunciaba la solemnidad del día; ya la iglesia, el claustro principal y sacristía estaban adornados con gusto y profusión; los ricos tejidos, las costosas alhajas, las flores de los campos, el arte y el buen gusto, todo se



habia hermanado para embellecer el local. Aquellos anchurosos claustros encerraban en aquel momento todo lo mas selecto de Madrid; los Grandes y demás caballeros, vestidos de toda gala, se paseaban tranquila y lentamente por aquel hermoso local, bien anudando antiguas relaciones ó urdiendo alguna intriga cortesana, bien admirando

las pinturas que adornan aquel sitio, ó aspirando por último el regalado aroma de las flores.

Sonó la hora fijada, y toda la gente que se paseaba por los claustros afluyó instantáneamente al punto mas importante de la soberbia Basilica.

Allí todo es grande y perfecto, pero entre tantos prodigios del arte, el templo es lo que mas fija la atencion del observador profundo; y por cierto que en aquella ocasion estaba esplendente y magestuoso. Su ámbito extraordinario, sus columnas gigantes, los frescos de sus bóvedas, cuyas figuras parecen agitarse y hablar como los ángeles desde la altura; la soberbia gradería que conduce al altar mayor, recordándonos la escala misteriosa del sueño de Jacob; las paredes vestidas solo de magestad; y por último, la cúpula que se eleva en hombros de toda la fábrica, semejante al heroismo que destella del corazon fuerte del justo para recibir los consuelos de la resignacion ó de la esperanza, todo era imponente, todo inclinaba á la piedad, al recojimiento y á la oracion.

Diseminados en 9 diversos coros los 40 cantores que de orden del Rey habian asistido con la capilla de la Comunidad, se dió principio á la Misa solemne. Imposible sería describir el mágico efecto de tan rica melodía, repetida con armonizada entonacion en las anchurosas bóvedas. Tan pronto el conjunto de voces, instrumentos y órganos remedaba al imponente bramar del trueno anunciando la presencia de la Divinidad, como recordaba en sus suaves y ligadas notas la encantada mansion de los espíritus celestes. La música religiosa tiene sobre nosotros cierto secreto ascendiente, que nos hace olvidar todo lo vulgar y terreno que el mundo nos trasmite en sus ecos, divinizándonos, digámoslo así, durante los breves instantes que nos halaga. El estudio del órgano en aquellos tiempos, así como el género de música que nos ocupa, daban la ley al mundo, y servian de modelo á las demás naciones. No así en el dia, que parece haberse borrado hasta el rastro de tan sublime como difícil arte.

Blancas nubes de incienso se mecian delante de la custodia, y elevándose en espirales caprichosas, impregnaban la atmósfera del santuario de su grata esencia, y parecian elevar al cielo los himnos y preces de los fieles; habriase dicho que en aquel templo quedaba realizada una de las místicas misiones que Dios envia de vez en cuando á los espíritus privilegiados y á los verdaderos creyentes. La presencia de los Reyes en el llano del altar mayor, la de toda la grandeza en la nave principal, y la inmensa concurrencia del pueblo que henchia el vasto templo, todo contribuia á aumentar la grandiosidad de la ceremonia.

Terminó la Misa, ordenóse la procesion, mezclóse la corte con ella, y formándose dos largas filas comenzó una nueva escena no menos vistosa y animada.

Veíase al Prior debajo de un rico pátio con la custodia en que estaba colocada la Santa Forma, objeto de tan suntuoso cortejo, dar magestuosamente la vuelta al claústro principal bajo, colocándola en cada uno de los ocho altares que hay en los ángulos, mientras que la capilla entonaba un devoto villancico, y la procesion toda ingresaba en la sacristía.

¡Magnífico golpe de vista! ¡Sublime y religiosa ostentacion! Allí, mientras el Prior decia las oraciones y desempeñaba las demás ceremonias, permanecieron los Reyes de rodillas en un estrado sembrado de oro, situado al lado del Evangelio; y prostrada toda la concurrencia con señalada devocion, rendia, en medio de una atmósfera impregnada de incienso y armonía, el mas sincero homenaje á la Sagrada Forma. De esta suerte aquella milagrosa hostia, tan sacrilegamente pisoteada por los zuinglianos, quedaba colocada en el mas digno trono que tal vez le ofrecieran los mortales⁽¹⁾. De esta suerte el templo del Escorial, profanado pocos años antes, mas bien por la exaltacion de los ánimos que por la falta de religion, quedaba desagraviado con el nuevo altar que la régia piedad acababa de erigir en honor del Sér Supremo.

¡Magnífico y ostentoso cuadro de la pompa del culto católico! ¡Elocuente muestra de la fe del pueblo español! ¡Enérgica protesta contra los herejes que se habian atrevido á negar la presencia real de Cristo en la Eucaristía, y á los que parecian

(1) Zuinglio, llamado el reformador suizo, fue el fundador de esta secta, cuya principal doctrina era negar la transubstanciacion ó presencia real del cuerpo de Nuestro Señor en la Eucaristía. Este hereje nació en 1484; predicó un año antes que Lutero; y en 1531, incorporado al ejército de Zurich, pereció luchando contra los católicos. (Dicc. de Bescherelle.—Véase la palabra *Zwingli*, Historia universal, por D. Salvador Costanzo, tomo 1, pág. 142.)

contestar la voz de los órganos y de las campanas y la armonía de aquellos himnos con las sublimes palabras de Isaías: *¡Vere tu es Deus absconditus!*

Sí; siempre que la herejía ha osado levantar su voz contra la Eucaristía, la Iglesia ha levantado su tabernáculo mas alto y esplendente. Que tambien las persecuciones efimeras del apóstata Juliano dieron mas brillo en Jerusalén á la verdad de las predicciones del Salvador. No se limitaron los monarcas en aquella ocasion al grande obsequio del altar, custodia, ornamentos y servicio de plata, sino que el Rey regaló un magnífico templete con cuatro serafines y esculturas de la Anunciacion de la Virgen, todo de plata embutido de ágatas orientales y lapislázuli; la Reina dió una araña de plata dorada de singular mérito y hechura; y el Rey mandó además ejecutar á su pintor de cámara Claudio Coello el famoso cuadro llamado de la *Santa Forma*, que hoy admiramos en dicho altar, y que representa con la mayor perfeccion la fiesta que acabamos de describir.

Muchos y grandes eran los apuros del erario en tiempo de Carlos II; muchas las desgracias, los contratiempos y dificultades que esperimentó el Escorial; pero vemos que en medio del desorden que reinaba por la larga agonía, flaqueza, ignorancia y fanatismo del Príncipe, aquel edificio, cuyo patrono no temia empobrecerse por engrandecerle, renació como el ave fénix de sus propias cenizas, mostrándose mas bello, mas lozano y mas rico que en sus juveniles años. ¡Metamorfosis milagrosa en verdad, si se considera la desgraciadísima época en que esto se hizo! ¡Consecuencia lógica y natural, si consideramos á un Rey enteramente abandonado en brazos de un gran poder!

